

XVI

EL FIN DE 1857

Hemos dejado á Napoleón III el 29 de septiembre de 1857 saliendo de Stuttgart, donde había descollado como una especie de Júpiter en medio de un Olimpo de testas coronadas, de príncipes y princesas. Tanto á su regreso cuanto á su llegada, en todas partes recibió calurosas ovaciones. En la estación de Bruchsal encontró al general de Porbeck, primer ayudante de campo del gran duque de Baden, que le aguardaba para recibirle en nombre del gran duque y acompañarle hasta Manheim. El tren imperial se detuvo un rato en Heidelberg, enfrente de las ruinas del castillo destruído por Turena, y á pesar de estos recuerdos dolorosos para Alemania, la población acogió con vivas al emperador.

En Manheim, el puente sobre el Rhin y los vapores de varios Estados alemanes estaban vistosamente empavesados, y desde aquél á la estación había formadas tropas badenses y bávaras. Las bandas militares tocaban aires nacionales franceses, y las salvas de artillería resonaban á uno y otro lado del río. Napoleón III fué en un carruaje de la corte á Ludwischafen, donde el príncipe Luitpoldo le aguardaba para cumplimentarle en nombre de su padre el rey de Baviera. Después de almorzar con el príncipe en Ludwischafen, el emperador se puso otra vez en camino. En Saarbruck le cumplimentó el príncipe de Prusia en nombre del rey Federico Guillermo. Las tropas prusianas estaban formadas en la estación y la música tocaba el aire de la *Reina Hortensia*. Los príncipes Luitpoldo y de Prusia le acompañaron hasta Forbach. Antes de llegar á esta estación, se detuvo en las forjas de M. de Wendel, diputado por el Mosela, y los obreros le hicieron una cariñosa acogida. En muchos carros tirados por cuatro caballos se hizo pasar ante él una especie de exposición sumaria de las producciones del distrito de Sarreguemines. En Forbach encontró un magnífico tren preparado para él por la Compañía del ferrocarril del Este, y se lo hizo visitar á los príncipes de Prusia y Luitpoldo antes de despedirse de ellos. Llegó á Metz á las cinco de la tarde del 30 de septiembre.

En la entrada de la ciudad había un arco de triunfo, y estaban iluminados los cuarteles y los edificios públicos. Aguardaban al emperador el príncipe Enrique de los Países Bajos y el general de Wedel, gobernador de la fortaleza de Luxemburgo, llegados allí para cumplimentarle. Pasó en carruaje descubierto á

la prefectura y por la noche fué al teatro. La población le manifestó un vivo entusiasmo. ¿Qué habría dicho si hubiera podido prever que, trece años después, Estrasburgo y Metz, aquellas dos ciudades tan patrióticas, tan francesas, que le recibían tan bien, serían arrancadas á la Francia? El 1.º de octubre llegó á París, donde encontró á la emperatriz, y al día siguiente partió con ella para el campamento de Châlons, seguido de los generales Rolin, de Failly, de Montebello y Fleury. Acompañaban á la emperatriz el conde Carlos de Tascher de La Pagerie, su primer chambelán; el barón de Pierres, su caballerizo, y dos de sus damas, las condesas de Labedoyère y de Montebello. Los mariscales Magnán, Pelissier y Bosquet, el general Regnaud de Saint-Jean d'Angely y todos los generales de división y de brigada recibieron á SS. MM. á la entrada del campamento y los escoltaron hasta el cuartel imperial. Por la noche, las hogueras del vivac iluminaron la llanura y se tocó la retreta á la luz de millares de antorchas.

El 3 de octubre el emperador dirigió grandes maniobras: la emperatriz y sus dos damas las presenciaron á caballo.

El 4 de octubre los mariscales de Castellane y Randón llegaron al campamento y se reunieron con los otros tres mariscales de Francia que estaban ya en él.

En el cuartel imperial reinaba una franca alegría.

El 6 de octubre hubo maniobras mandadas por el emperador.

El príncipe Napoleón llegó el 7 de octubre. Por la noche se improvisó un pequeño baile en el cuartel imperial.

El 8 de octubre, el emperador, acompañado del príncipe Napoleón y los mariscales Magnán, de Castellane, Pelissier, Randón, Canrobert y Bosquet, pasó por el frente de las tropas formadas en dos líneas, y les distribuyó las recompensas. Antes de separarse de ellas, les dirigió la siguiente orden del día: «Soldados: no se ha perdido el tiempo que acabamos de pasar juntos. Ha aumentado vuestra instrucción militar y se han estrechado más los vínculos que nos unían. Cuando el general Bonaparte firmó la gloriosa paz de Campo-Formio, se apresuró á enviar á los vencedores de Italia á la escuela militar, demostrando así cuán útil consideraba, hasta para los veteranos, aprender continuamente las reglas fundamentales de la teoría. Esta enseñanza no se ha olvidado. Apenas regresados de una campaña gloriosa, os habéis entregado con celo al estudio político de las evoluciones y habéis inaugurado el campamento de Châlons que va á servir de gran escuela de maniobras para todo el ejército. La guardia imperial dará también el buen ejemplo así en la paz como en la guerra. Instruída, disciplinada, pronta á emprenderlo y á soportarlo todo por el bien de la patria, será para la infantería de línea, de que ha salido, justo objeto de emulación y contribuirá con ella á conservar intacta la antigua fama de nuestras inmortales falanges, que no han sucumbido sino abrumadas de glorias y de triunfos.»

El mariscal de Castellane escribía en su *Diario* con fecha 8 de octubre: «He dado las gracias al emperador por haberme llamado al campamento de Châlons y por todas las bondades que ha tenido conmigo. Permanecerá aún dos días en el campamento, pues quiere hacer maniobrar mañana la artillería y la caballería. Hemos salido con la emperatriz de la estación de Mourmelon, en un magnífico tren ofrecido al emperador por la Compañía del Este; se compone de once vagones que forman diez y nueve departamentos y comunican entre sí por puentecillos. Hay un salón, dormitorios, comedor y sala para fumar. Durante el viaje he permanecido en el salón de la emperatriz, que estaba amueblado con gran lujo y debe tener cerca de veinte pies de largo. En la estación de Chateau-Thierry el subprefecto ha arengado á la emperatriz, la cual se ha levantado y contestado desde la portezuela. Se han dado muchos vivas á la soberana. A las ocho de la noche hemos llegado á la estación de París. Durante todo el trayecto la emperatriz se ha mostrado graciosa y benévola. En seguida ha partido para Saint-Cloud.» En la noche del 10 de octubre se reunía con ella el emperador. ¡Ah! Cuando Napoleón III partía contento y satisfecho de aquel campamento de Châlons donde había tenido tanto gusto en ejercer su doble prerrogativa de monarca y de general en jefe, ¿podía sospechar que antes de que transcurrieran trece años volvería á aquel mismo campamento lleno de angustia y con el presentimiento de las más horribles catástrofes?

Domingo 18 de octubre. — SS. MM. y el príncipe imperial salen del palacio de Saint-Cloud para ir al de Compiègne, donde se proponían pasar muchas semanas. Debía haber cinco series de invitados y darse cinco funciones en el teatrillo del palacio.

SS. MM. y su hijo llegaron á Compiègne á las cuatro de la tarde, siendo recibidos en la estación por las autoridades y por todos los oficiales del segundo regimiento de coraceros de la guardia.

Desde el lunes 19, en que llegó la primera serie de convidados, hasta el 17 de noviembre, en que partió la última, todo fueron fiestas y diversiones que tanta resonancia tuvieron á la sazón, no sólo en Francia, sino en toda Europa, porque llegó el Imperio y su corte al apogeo de su brillo. Cacerías de jabalíes, cabalgadas en que la emperatriz hizo una vez más gala de ser una elegante amazona, banquetes, funciones teatrales, bailes en los que las damas lucieron los trajes más lujosos, revistas militares, todo cuanto el anfitrión más obsequioso puede discurrir para agasajar á sus convidados lo pusieron en obra los emperadores para complacer á los de las cinco series, entre los cuales figuraron los personajes más eminentes del país y muchos del extranjero.

El jueves 29 de octubre se recibió la noticia del fallecimiento del general Cavaignac, muerto de repente la víspera en su casa de campo de Eurne, departamento del Sarthe. Nacido en 1802, acababa de cumplir cincuenta y seis años.

El *Moniteur* decía lo siguiente: «El general Cavaignac ha prestado grandes

servicios á la causa del orden mientras estaba al frente del poder ejecutivo, y su muerte prematura será verdaderamente sentida.» En la *Patrie*, periódico oficioso, se leía: «El elegido del 10 de diciembre acababa de tomar posesión del poder que le habían concedido seis millones de votos. Después de reconocer desde lo alto de la tribuna los nobles servicios del general Cavaignac, se acercó á su banco y le alargó la mano. Aquella mano que el presidente de la República presentaba al antiguo jefe del poder ejecutivo prescindiendo de las divisiones de doctrinas y de partidos, era la anticipación del juicio de la historia.»

El domingo 15 de noviembre, día de San Eugenio, fué el santo de la emperatriz. Se celebró con una revista pasada por el emperador, recepción de las autoridades civiles y militares, banquetes, cumplidos y versos. Todos los convidados de ambos sexos de la serie ofrecieron á la emperatriz magníficos ramos de flores procedentes de París. La marquesa de Contades (en la actualidad condesa de Beaulaincourt), dotada de incomparable aptitud para hacer flores artificiales, entregó un precioso canastillo de ellas á la soberana. Por la noche hubo serenatas y en el parque se disparó un hermoso castillo de fuegos artificiales dispuesto por la población en obsequio de la emperatriz.

SS. MM. salen de Compiègne el 22 de noviembre con su hijo y vuelven á las Tullerías. El año 1857 acaba tranquilamente en medio de una gran prosperidad: ha sido para Napoleón III una serie no interrumpida de triunfos y satisfacción de amor propio, así en el interior como en el exterior. En las Tullerías, en Saint-Cloud, en Biarritz, en el campamento de Châlons, en Compiègne, la emperatriz se había granjeado todas las voluntades. Pero el poeta Beranger tuvo razón en decir: «Los destinos cambian como las olas.» A los días de calma y de ventura van á suceder otros de zozobra y de angustias. El comienzo del año 1858 estará marcado por un atentado que estallará como un rayo en el cielo sereno y dará la primera señal de las catástrofes futuras.

XVII

EL PRINCIPIO DE 1858

En los primeros años del reinado de Napoleón III se cantaba con frecuencia en la Ópera *El Profeta*, obra en que las interesantes situaciones ideadas por Scribe han inspirado á Meyerbeer una música genial. En el cuarto acto, Juan de Leyde aparece en la catedral de Munster entre aclamaciones, músicas, nubes de incienso, y en el mismo momento tres anabaptistas vestidos de negro le amenazan con sus puñales. Esta escena daba en qué pensar al emperador, pues lo mismo que el Profeta tenía que temer en su triunfo complots incesantes. Sus anabaptistas eran los sicarios italianos que habían jurado su muerte.

El vencedor del 2 de diciembre había desarmado los odios franceses. Aquellos de sus súbditos que más censuraban su política desechaban la idea de matarle. A pesar de los irritantes recuerdos del golpe de Estado, á pesar de las deportaciones injustas, y de los rigores draconianos é ilegales de las comisiones mixtas, como tenían conciencia de que Napoleón III se ocupaba de su bienestar, le perdonaban, y cuando le veían penetrar sin escolta en los barrios más populosos de París, guiando él mismo su faetón, les complacía su valor. Pero los asesinos extranjeros, los adeptos de Mazzini, eran implacables. Éstos, como el Viejo de la Montaña, tenían á sueldo una cuadrilla de sicarios cuya idea fija era asesinar al emperador. Su cuartel general estaba en Londres, y allí organizaban las conjuraciones que habían de estallar en Francia. La policía de París no se daba punto de reposo. En 1857 habían sido detenidos tres emisarios, enviados de Londres, por conspirar contra la vida del emperador, juzgádoles en el mes de agosto la audiencia del Sena. Eran tres italianos llamados Tibaldi, Bartoloni y Grilli. El primero fué deportado y los otros dos sentenciados á quince años de presidio. En el proceso instruído quedó demostrado que los tres individuos estaban pagados por la secta mazziniana, que erigía el asesinato en sistema. A principios de 1858 las personas que rodeaban al emperador sabían que esta secta se mostraba más activa que nunca y que era de temer una catástrofe de un día para otro. Pero Napoleón III, fatalista é inaccesible al miedo, se negaba á introducir cualquier cambio en sus costumbres y no quería tomar ninguna precaución contra los asesinos de cuyos manejos se hablaba. Cuando salía de las Tullerías no indicaba á los agentes secretos que velaban por su seguridad el itinerario de sus paseos. Cierta día en que el mariscal Magnán le exponía lo

imprudente de su temeridad, le contestó: «Basta, no quiero estar en tutela; deseo obrar con libertad y á mi gusto. Tenedlo así presente, señor mariscal.»

El público no estaba al corriente de las continuas inquietudes que preocupaban á los amigos del emperador. El año 1858 había empezado bien, y parecía que debía ser muy brillante la temporada del gran mundo en París. En el interior, el Imperio no encontraba oposición seria: en el extranjero mantenía las mejores relaciones con todas las potencias. La entrevista de Stuttgart había sido un triunfo para Napoleón III, aclamado en Alemania no menos que en Francia. El edificio, al que un rayo iba á amenazar bruscamente, parecía indestructible, incontrastable.

A principios de 1858 estaba yo en Bruselas, adonde me había enviado el conde Walewski con objeto de llevar las ratificaciones de un tratado postal celebrado entre Francia y Bélgica. Me alojé en casa de mi primo el general Pletinckx, y me proponía pasar aún algunos días con él, cuando el representante de Francia, M. Adolfo Barrot, diplomático meritísimo y hermano del ilustre orador, me envió á decir que pasara en seguida á la legación. Fuí allá corriendo, y me anunció que me encargaba de un despacho muy importante, urgentísimo, y que aquella misma noche debía salir para París en el tren de las siete. Añadió que tan luego como llegara, durante la noche, debía ir directamente al ministerio de Negocios extranjeros, hacer que despertaran á M. Federico de Billing, jefe de gabinete, á quien entregaría, en manos propias el despacho que me había confiado y cuyo contenido me era desconocido. Ejecuté puntualmente la orden que me había dado. M. de Billing dormía en el ministerio. Le pedí perdón por despertarle, atribuyéndolo á las instrucciones que se me habían dado en Bruselas. Me dió las gracias, y volviéndose del otro lado, siguió durmiendo.

Posteriormente he sabido lo que contenía el despacho, que no fué abierto hasta la mañana siguiente: daba cuenta de un complot contra la vida del emperador. El 7 de enero, un italiano llamado Pieri, procedente de Inglaterra, había llegado á Bruselas y comprado la tapa de una bomba fulminante. Un relojero, que tuvo noticia del caso, pasó á la legación de Francia solicitando con insistencia ver al ministro en persona. Recibido por M. Barrot, le dijo: «No soy partidario del emperador; todas mis simpatías son para los príncipes de Orleáns; pero quiero impedir un crimen.» En seguida dió las señas del hombre sospechoso y los detalles más minuciosos sobre su proceder en Bruselas. M. Barrot se apresuró á escribir un despacho que contenía las declaraciones del relojero, y este despacho era el que yo acababa de llevar á París. Más adelante veremos que, á no ser por la vigilancia de M. Barrot, el emperador y la emperatriz habrían sucumbido probablemente.

El individuo denunciado era un italiano llamado Pieri, nacido en Luca y de cincuenta años de edad. Condenado por robo en Toscana, se había presentado en Francia en 1833 como refugiado político. Diez años después se alistó

en la legión extranjera: luego sirvió en Toscana, donde alcanzó el grado de mayor, pero fué destituido en 1849. De regreso en Francia y tenido por hombre peligroso, se le expulsó en 1852 á pesar de sus protestas de humilde respeto á la persona de Napoleón III. En 1858 había en París un oficial de policía, Herbert, que se acordaba muy bien de Pieri. La policía hizo las más activas pesquisas para echar mano á este último; pero hasta el 14 de enero fueron infructuosas. Estaba enterada de su proyecto, pero ignoraba que sólo desempeñaba un papel secundario en el complot del que otro era organizador y jefe. Nos referimos á Orsini.

Félix Orsini, oriundo de los Estados romanos y de edad de treinta y nueve años, se había asociado desde su juventud á las empresas de la demagogia más exaltada. En 1845 el tribunal supremo de Roma le condenó á cadena perpetua por conspiración contra el gobierno pontificio. Al año siguiente, gracias á la amnistía concedida por Pío IX, recobró su libertad, pero sin dar muestra alguna de arrepentimiento. Dos años después fué miembro de la Convención romana, y luego comisario extraordinario en Ancona y en Ascoli, donde cometió muchos abusos de autoridad y grandes exacciones, aunque sin enriquecerse personalmente. Restablecido el poder temporal del Papa, anduvo errante por Inglaterra, Suiza, Piamonte y Lombardía, viajando con pasaportes falsos y haciéndose llamar tan pronto Celsi como Herweg. Con este último nombre fué acusado en 1855 de haber preparado un complot contra la vida del emperador de Austria. Encerrado en la ciudadela de Mantua, logró evadirse de ella al año siguiente gracias á la complicidad de una mujer, y fué á refugiarse á Londres, donde dió lecturas públicas que le proporcionaron algún dinero.

Después de ser uno de los adeptos é instrumentos de Mazzini, Orsini resolvió trabajar por cuenta propia y erigirse en conspirador en jefe. Encontró á Pieri en Birmingham en 1857 y concibió con él el proyecto del atentado contra la vida del emperador. Pusieronse ambos en relaciones con un emigrado político francés llamado Simón Bernard, que residía en Londres en Bow street y era parroquiano del café Suizo, punto de reunión de los emigrados más peligrosos. Orsini se dedicó con Pieri y Bernard á la fabricación de las bombas, y para la perpetración del crimen se agregó dos acólitos oscuros, un napolitano llamado Gómez, de veintinueve años, que había servido en la legión extranjera de 1853 á 1855 y había sido sentenciado por abuso de confianza en Marsella — Orsini le tomó como criado, — y un joven de veinticinco años, nacido en Bellune y llamado Carlos de Rudio, el cual pertenecía á una familia noble de Venecia y había venido á menos más bien por su mala conducta que por la política. Sus padres habían estado comprometidos en los disturbios políticos, y él, después de llevar una vida errante, se había establecido en Nottingham como profesor de idiomas.

Orsini, provisto de un pasaporte falso á nombre de Tomás Allsop, salió de Inglaterra el 28 de noviembre de 1857, se detuvo unos cuantos días en Bruse-

las, y partió para París el 12 de diciembre, guardándose bien de comprender las bombas en su equipaje. En Bruselas encargó á un tal Zeghers que le llevara á París un caballo que acababa de comprar, y confió á este individuo diez semi-cilindros de hierro que, según decía, eran aparatos de gas. Zeghers los presentó en la aduana de Valenciennes, que los consideró como objetos tan poco importantes que no percibió por ellos ningún derecho. Aquel individuo no sospechaba que tales semi-cilindros debiesen servir para hacer bombas fulminantes, y al alojarse en París en la fonda donde paraba Orsini, los dejó ostensiblemente en el mismo sitio donde había puesto las bruas para limpiar el caballo. Orsini acudió y escondió precipitadamente aquellos objetos que habrían podido llamar la atención.

Instalado desde el 15 de diciembre en una habitación de un piso bajo del número 10 de la calle del Monte Tabor, el jefe del complot se hacía pasar por inglés y se mandó hacer tarjetas con el nombre de Thomas Allsop. El 8 de enero se reunieron con él sus dos cómplices Pieri y Gómez. Simón Bernard debía quedarse en Inglaterra. Orsini solamente aguardaba en París al cuarto asesino, Carlos de Rudio, á quien aún no conocía y que Bernard debía enviarle. Este entregó cierta cantidad de dinero y un pasaporte con el nombre de Silva á Rudio, que partió de Londres el 9 de enero con el encargo de que tan luego como llegara á París se presentara en casa de M. Allsop (Orsini), calle del Monte Tabor, número 10, y le entregara unos anteojos de oro, señal convenida para darse á conocer. El día 10 los cuatro cómplices estaban reunidos. La policía no buscaba más que á uno de ellos, á Pieri, y no había dado con él: tampoco conocía los nombres de los otros tres, y ni siquiera sospechaba que estuvieran en París.

En aquellos momentos el público se ocupaba únicamente de los funerales de Mlle. Rachel, fallecida en Cannes el 3 de enero é inhumada en París el 11. Todos los periódicos publicaban extensas necrologías de la admirable trágica. Acabamos de revisar sus principales artículos. El de Teófilo Gautier, que celebraba á la mujer de mundo tal vez más que á la artista, era el más interesante de todos. «En la vida privada, decía el crítico-poeta, Mlle. Rachel no desvanecía como muchas actrices la ilusión que producía en la escena: al contrario, conservaba todo su prestigio. Nadie era más gran señora que ella. A la estatua no le costaba gran trabajo convertirse en duquesa, y llevaba el largo chal de cachemira como el manto de púrpura salpicado de oro: sus manos, tan pequeñas que apenas podían empuñar el mango del puñal trágico, manejaban el abanico como manos de reina. Vista de cerca, los detalles delicados de su rostro encantador se revelaban bajo su perfil de camafeo en la corola de su sombrero y se iluminaban con espiritual sonrisa. Por lo demás, ninguna tensión, ninguna actitud estudiada, y á veces una jovialidad que no se hubiera creído ver en una reina de tragedia; más de un chiste, una salida ingeniosa, una frase oportuna han surgido de aquella hermosa boca trazada como el arco de Eros y ahora muda para siempre.»

Una inmensa muchedumbre asistió á los funerales de la mujer cuyo talento fué una gloria nacional. Por la noche no hubo función en el Teatro Francés, donde había obtenido tantos triunfos. Pero al poco tiempo nadie pensó ya en la actriz trágica; otros puñales, muy distintos del de Melpómene, llamaron la atención, y el público asistió en la calle, enfrente de un teatro, á una tragedia más terrible que las de Racine y Corneille.

Orsini, *dilettante* del crimen, preparaba el atentado con la calma y los modales de un cumplido caballero. Paseaba á caballo por el bosque de Boulogne, buscando ocasiones de ver al emperador, siguiéndole á todas partes y diciendo de él: «No tiene miedo.» Conforme lo hará notar el fiscal imperial en su informe, esta frase no era un sentimiento ni un remordimiento, sino una esperanza. Orsini decía para sí: «No desconfía; me pertenece, estoy seguro de llegar hasta él.»

XVIII

EL ATENTADO DEL 14 DE ENERO

En el teatro de la Opera no se dan funciones los jueves, mas por excepción hubo una el jueves 14 de enero de 1858. Celebróse esta función extraordinaria á beneficio del barítono Massol, que se retiraba de la escena.

Sábese que el emperador y la emperatriz deben asistir á la función, que será muy brillante. Hace un tiempo magnífico. La multitud invade los bulevares y las inmediaciones de la calle Le Peletier.

Son las ocho. Orsini, Pieri, de Rudio y Gómez salen juntos de casa de Orsini: los cuatro criminales se han distribuido los papeles. Gómez y de Rudio han recibido las dos bombas más grandes; Orsini se ha quedado con dos más pequeñas. Pieri ha cogido la quinta, de tamaño parecido á las de Orsini. Se convino en que Gómez lanzaría la primera bomba, Rudio la segunda, Orsini la tercera y Pieri la última. Los conjurados han decidido que al llegar á la calle Le Peletier se situarían en la acera, enfrente de la entrada principal del peristilo, entre las casas y los curiosos, á la altura del número 21.

Dejemos la palabra al mismo Orsini: «Por el camino he observado que Pieri se quedaba atrás y aun he indicado á Rudio que me parecía que aquel hombre quería escurrir el bulto. Al llegar á la calle Le Peletier, pasó delante de nosotros. Nos paramos dos minutos en la esquina de la calle y del bulevar. Apenas entramos en la calle Le Peletier, he encontrado á Pieri que volvía hacia nosotros, en compañía de un individuo á quien yo no conocía. Me ha guiñado el ojo al pasar junto á mí, pero no he comprendido que quería decirme que lo habían aprehendido.»

En efecto, Pieri acaba de ser detenido en la calle Le Peletier, junto á la de Rossini, por el oficial de policía Hebert, que tenía su filiación. Se le lleva al cuartelillo, donde se le registra y se le encuentra encima una bomba fulminante y un revólver de cinco tiros cargado.

Todavía no han llegado los emperadores. El duque reinante de Sajonia Coburgo Gotha, que debe asistir á la función en el palco imperial, aguarda á SS. MM. al pie de la escalera hablando con el general Fleury. Aquel día el duque había paseado en carruaje con Napoleón III, y al pasar por el Puente Nuevo, por delante de la estatua de Enrique IV, el emperador, pensando en las tentativas que amenazaban su vida, decía al príncipe alemán: «Sólo temo un